die es dado dejar de cumplirle. No parece sino que hay una necesidad irresistible que conduce al ecsámen de las cuestiones sociales. Cuando se leen los autores de otra época, se observa que son hombres cuyo entendimiento piensa, pero cuyo corazon está tranquilo. Son como los astrónomos, que contemplan las revoluciones de los astros desde un observatorio quieto y silencioso. Pero los escritores de nuestro siglo se asemejan al observador que contempla el universo desde la frágil tabla encomendada al capricho de las olas: fija alternativamente su vista sobre los astros que le ocupan; pero dando con frecuencia una mirada inquieta al movedizo elemento que bate los costados de la nave, y al punto del horizonte donde teme descubrir señales de borrasca.

No creo que pueda descubrirse otro carácter mas pronunciado en la literatura actual: este se encuentra en los escritores de todas opiniones. ¿De dónde nace? Si yo hubiese de señalar su orígen, diria que proviene, no del *espíritu del siglo*, sino *de la situacion del siglo*.

Paris, 20 de Junio de 1842.

DE LA INGLATERRA.

Siguiendo la línea de conducta observada hasta aquí, de decir de vez en cuando cuatro palabras sobre lo que mas llame mi atencion, con tal que esté en analogía con el objeto de nuestra *Revista* (1), voy á hacer algunas indicaciones, fruto de mi corto viage á Inglaterra. Poco diré sobre la viva impresion que causa la vista del asombroso desarrollo material de aquel pueblo. Parece, en efecto, que le ha sido dado un especial dominio sobre los elementos, y que posee en el mas alto grado el secreto de aplicar la materia á todos los usos de la vida. La vista del Támesis, cubierto de infinitas velas, y surcado sin cesar por un sinnúmero de barcos de vapor, ofrece á la vista un cuadro el mas grandioso que imaginarse pueda; así como los *Docks* de Santa Catarina, los de Lóndres y los de la India, junto con el colosal trabajo del *Tunnel*, atestiguan al viagero el estraordinario poderío de la reina de los mares. Al atravesar el Tunnel, al adelantarse por aquel inmenso corredor iluminado de gas, teniendo á la derecha el otro corredor todavía incompleto, oscuro, donde resuenan sin cesar las goteras del agua que se filtra en abundancia; al escuchar el ruido de las máquinas, que colocadas á la entrada de la honda escalera por donde uno ha descendido, estraen de continuo el agua que se ha filtrado; al observar la construccion irregular de los arcos, cuya posicion misma parece presentar de bul-

(1) Alude el Sr. Balmes á la *Revista filosófica, política y literaria*, que publicaba el año de 1842 en Barcelona, asociado con el distinguido literato el Sr. Roca y Cornet, y el malogrado jóven el Sr. Ferrer y Subirana. (Nota del editor.)

to el esfuerzo con que han de resistir los empujes de la caudalosa corriente; al notar la humedad del suelo, de las paredes y del techo del corredor iluminado; al aspecto de aquella luz vacilante y débil en un lugar condenado, al parecer, á perpetuas tinieblas, siéntese en el ánimo una impresion tan profunda, que dificilmente podria escitarse con ningun monumento levantado á la claridad del dia; siéntese entonces con viveza lo que puede el genio del hombre, ayudado del arte y de la constancia.

A la primera ojeada que se echa sobre Lóndres, sobre todo viniendo de Paris, se ve la enorme diferencia que media entre esos dos pueblos: en nada se parecen. Paris, risueño, brillante, embriagado de placeres, ostenta sin reserva su esplendor y sus riquezas, y pone todo su conato en hablar á los ojos, en hechizar la fantasía: Lóndres, sombrío y melancólico, como que respira algo del genio de Young y de Byron; diríase que aquel pueblo, orgulloso con la conviccion de sus adelantos y el sentimiento de sus fuerzas, se desdeña de apelar demasiado á los medios de puro aparato. A esta diferencia, creo que á mas del genio y de la posicion de ambos pueblos, contribuirá no poco el espíritu democrático del uno, y el aristocrático del otro: siendo digno de recordarse á este propósito, que un periódico inglés, denostando no ha mucho al pueblo de Paris, le llamaba *pueblo de tenderos*.

No se crea, sin embargo, que los ingleses descuiden la hermosura de los edificios, ni la limpieza y buena policía en las calles; muy al contrario, en esta parte Lóndres es superior á Paris; y por cierto que ha bien cambiado bajo este aspecto la capital de Inglaterra, desde el primer tercio del siglo pasado cuando Montesquieu decia: "Nada hay mas repugnante que las calles de Lóndres; son muy su-"cias, mal empedradas, de suerte que es casi imposible ir por ellas "en coche," pues que ahora los que andan á pié hallan una acera muy buena y espaciosa, y los coches tienen en casi todas, una carretera muy ancha y bien empedrada. Las casas de Lóndres son bajas y de una forma muy regular y uniforme, de suerte que son bellas á los ojos de quien se contente de la regularidad. Pero esta uniformidad, esta misma regularidad, acompañadas ademas de ese color oscuro de todas las paredes, no son muy del gusto de los hombres del mediodía, acostumbrados á la vista de casas elevadas, con sus fachadas enlucidas, ó al menos de un color de piedra claro, que refleja muy bien la luz. Lo interior de las casas es generalmente muy reducido, siendo esto un resultado necesario del rigor del clima. Pero sin embargo de que los aposentos son pocos y pequeños, están distribuidos y arreglados de manera, que se encuentran en

ellos todas las comodidades; y bien se conoce que los ingleses saben lo que se llama sacar partido de la vida. Por lo demas, esto les es en cierto modo necesario, viviendo como viven mucho en casa; una familia puesta en aislamiento, natural es que se ocupe en imaginar los medios de disminuir el fastidio y procurarse bienestar. Este aislamiento en que vive el inglés, se representa en el mismo esterior de los edificios; son infinitas las casas resguardadas por verjas de hierro; y donde no hay tiendas, las puertas están siempre cerradas. De manera, que para nosotros, acostumbrados á otro clima y á otras costumbres, no deja de ser curioso el ver aquellas calles inmensas, rectas, y cuya estremidad apenas se divisa, guarnecidas de una hilera de vallados de hierro, y con las puertas cerradas, como si fuera media noche. La pasion por los jardines es estremada; vense calles enteras con uno en cada casa; y no por la parte de detras de los edificios, sino por la de delante; de manera, que si el cielo fuese un poco mas hermoso, fuera muy agradable el pasearse por entre aquellas hileras de jardines. Muchas plazas no son otra cosa que un gran jardin, como se supone, rodeado tambien de hierro; porque en aquel pais cuya libertad é igualdad tanto se nos ha ponderado, tropieza uno por todas partes con el símbolo de la esclavitud y de la desigualdad. Al ver el sumo gusto de los ingleses por los jardines, y el esmero con que los cultivan, no parece sino que se empeñan en mimar la naturaleza, que se les muestra ceñuda y rigorosa; los habitantes del mediodia no ponemos en esto tanto cuidado, porque la naturaleza nos da por sí misma las flores y los frutos.

Dejando la parte material, paso á la religiosa, que fué la que principalmente llamó mi atencion. Todas las noticias están contestes en que el Catolicismo progresa en Inglaterra de un modo estraordinario; cada cual señala las causas de éste, segun la diferencia de opiniones y de creencias; pero en cuanto al hecho, todos convienen. De suerte, que lo que hemos leido en los periódicos sobre este particular, no debe tenerse por ecsageraciones, hijas del espíritu de partido; es la realidad de los hechos, que arranca á los católicos movimientos de alegría y de aplauso, así como inspira á los protestantes un despecho que les hace levantar el grito de alarma.

En la actualidad lo que hay mas débil en Inglaterra por lo tocante á religion, es la Iglesia anglicana, ó Iglesia establecida. Verdad es que dispone de inmensas riquezas, que está ligada con la aristocracia, que forma una de las partes del edificio político, y que por consiguiente, tiene en su favor todo lo que de sí pueden las instituciones ecsistentes; pero en cambio, ha perdido la fuerza mo-

ral, el ascendiente sobre el ánimo del pueblo, y sin ganar un paso de terreno en ningun sentido, lo va perdiendo cada dia, atacada de un lado por el Catolicismo, y de otro por el Metodismo, Cuakerismo, y otras cien sectas que pululan en aquel pais. El carácter dominante de estas últimas, es una especie de radicalismo religioso; no hacen mas que sacar las consecuencias del principio asentado por la misma Iglesia anglicana. Toda vez que ésta se creyó con derecho de apartarse de Roma, ellos se han creido con derecho igual para separarse de Cantorbery, y con la Biblia en la mano, se considera facultado el último de sus individuos para decidir el dogma religioso, tan bien como puedan hacerlo los obispos de la Iglesia anglicana.

Pero no se crea que el mal de ésta tenga todo su orígen en los ataques que le dan sus adversarios; ella lo lleva en su propio seno, está herida de muerte, porque carece de fé.

En medio de las muchas sectas que hormiguean, por decirlo así, en aquel pais, no puede negarse que hay todavía el *sentimiento religioso;* el pueblo siente la necesidad de una religion, y no sabe encontrarla en una Iglesia, que ni tiene fé en sus propias doctrinas, ni es bastante á producir nada que la muestre dotada de un elemento de vida. Por esta causa, ó se inclina al Catolicismo, ó devora sediento la Biblia para encontrar allí lo que su corazon necesita. De esto resulta la abundancia de disidentes.

Para formarse idea de la fuerza de estos sentimientos religiosos, que estraviados en diferentes sentidos, indican, sin embargo, al observador un gérmen que algun dia la Providencia quizás desenvolverá, basta recordar la singular escena que se está presenciando los domingos. Sabido es cuán rigurosamente se guarda en Inglaterra la observancia de la fiesta; cosa que deja sorprendido á quien ha visto la licencia que sobre este punto hay en Paris, y desgraciadamente en otras partes que no son Paris. Pero no es esto lo que en la actualidad me propongo describir, sino una particularidad muy notable que yo ví con mis ojos. En los lugares mas concurridos se presentan al público algunos individuos que empiezan á conferenciar sobre materias de religion, ó á predicar sobre algun punto de la Biblia; va agrupándose la gente, y he aquí que se forma á veces un auditorio considerable. En los dias de mi permanencia en Lóndres, en solo el parque del Regente, se contaban un domingo diez predicadores, que colocados debajo los árboles, iban llamando con su declamacion la atencion de la multitud. Otro domingo ví tambien varios de éstos en el mismo lugar, entre ellos una muger, que por su trage me pareció cuákera, que estaba conferen-

ciando muy pausadamente con varios hombres y mugeres, que le iban dirigiendo preguntas ó proponiendo dificultades. El mismo dia ví un predicador, segun creo metodista, que me llamó bastante la atencion. Se habia colocado debajo un árbol muy copudo, y vuelto de cara al sol, que estaba por ponerse. Su figura era grave, su voz fuerte y clara, su ademan bastante natural y espresivo, y con la Biblia en la mano ibia esponiendo varios puntos religiosos. Parecióme que no carecia de disposiciones para ser un buen orador, á lo que puede juzgarse por la primera ojeada.

Al presenciar semejantes estravagancias, reflecsionaba yo que debe de ser bastante vivo el sentimiento religioso en un pueblo donde se presencian estas escenas, sin que los oyentes interrumpan el orador á silbidos y risotadas. Esto me hacia sentir mas vivamente el desbarro del protestantismo en poner la Biblia en manos de todos, concediendo el derecho de interpretarla conforme al capricho de cada uno. Habia visto al predicador de la Iglesia anglicana en el púlpito de su templo, conservando todavía algun remedo de la predicacion católica; y al ver entonces al predicador disidente, en un paseo público, con su frac, sin nada que lo distinguiese de sus oyentes, no veia mas que una consecuencia inevitable del principio sentado por los protestantes, que condenan al disidente. Pero al par de esta reflecsion, ocurre tambien otra, cual es, que aquel pueblo, si bien ha perdido la fé, conserva todavía el sentimiento religioso; sentimiento vago, estéril, impotente, mientras no esté animado por el verdadero principio de vida; pero que no dejará de ofrecer una disposicion favorable á la accion del Catolicismo en el inmenso porvenir, que segun parece, se ha propuesto abrirle la Providencia, en medio de una nacion que tres siglos ha está sentada en las tinieblas y en las sombras de la muerte.

Son muchas las capillas que tienen ya los católicos; pero como todo lo han de hacer con sus propios recursos, ya se deja entender que sus pequeños templos distan mucho todavía de poder compararse á los muchos y soberbios de la Iglesia anglicana. Sin embargo, la magnificencia y esplendor del culto católico, son de suyo tan grandes, que aun allí mismo se hacen notables cuando se los compara con la sequedad y frialdad del culto protestante. Allí es donde se siente vivamente la hermosura del dogma católico sobre el culto de las imágenes; los ojos buscan en vano en los templos protestantes objeto donde fijarse para encontrar alguna de esas espresiones sublimes del arte con que en los nuestros se nos presentan los pasos de nuestra religion, ó se nos hacen sensibles las mas altas verdades. ¿Qué motivo razonable puede señalarse á la obra impía

de arrojar de los templos esas imágenes, esos cuadros, donde se desplegaba el genio del artista y donde se consolaba el corazon del cristiano? Digna obra de la malhadada reforma, el arrebatar á la fantasía sus encantos y al corazon sus consuelos, despues de haber oscurecido el entendimiento con las tinieblas del error.

Los protestantes nos han calumniado de idiotas por el culto que tributamos á las imágenes y á los santos; cuando hasta los niños católicos saben que el culto se dirige principalmente á Dios; que cuando honramos á los santos, intentamos principalmente honrar á Dios en ellos, y que cuando imploramos el socorro de éstos, es considerándolos como meros intercesores, sin que ni remotamente pensemos en atribuirles nada de lo que es propio de la divinidad. Por lo que toca al culto de las sagradas imágenes, tampoco han podido concebir una cosa tan sencilla, que si bien se mira, no es mas que una aplicacion en el órden religioso de lo mismo que se ha practicado en todos los pueblos de la tierra. ¿Cuál es el pueblo que no ha levantado estátuas y monumentos á los hombres mas ilustres? ¿quién no procura tener retratos y otros recuerdos de las personas á quienes ama ó venera? ¿por qué, pues, no podrán los cristianos tener retratos y estátuas de los héroes de la religion, por qué no podrán conservar con acatamiento sus reliquias, por qué no podrán venerar esas imágenes, esas estátuas, esas reliquias, adorando en ellas los prodigios de la gracia, y tributándoles un culto cuyo final objeto es el mismo Dios, autor de todo bien, y á quien es debida la gloria que han alcanzado sus santos? Es tanto mas chocante esa afectada severidad del culto protestante cuando se ven en sus iglesias una nueva clase de santos. El templo de S. Pablo, por ejemplo, así como la abadía de Wesminster, están llenos de monumentos erigidos á los hombres mas ilustres de la Gran Bretaña. Generales, políticos, escritores, artistas; en una palabra, todo lo que se ha levantado sobre la esfera comun encuentra allí su apoteosis. ¿Y es posible que no puedan tener cabida en el mismo templo monumentos erigidos á la gloria de Dios y en honor de aquellos que por sus altas virtudes se distinguieron aquí en la tierra, y cuyo premio están gozando ahora en el cielo? ¿Cómo no han advertido que siguiendo esta conducta niegan á los héroes de la religion lo que conceden á Shakespeare, á Newton, á Nelson y á Pitt?

Tan pronto como el Catolicismo haya podido desplegar su culto con algunos mas recursos de los que ha tenido hasta aquí, será vivísimo el contraste que éste ofrecerá comparado con el protestante, y de esto sin duda que la Providencia sabrá sacar abundantes frutos de bendicion. A mas de las varias iglesias que tienen ya en

Lóndres los católicos, están construyendo una que será la principal: como se estaba trabajando en ella, no pude verla por la parte de dentro; sin embargo, en lo que presenta por defuera, parecióme que empezaba á tener pretensiones de una verdadera catedral.

Ahora que he pronunciado la palabra catedral, esplicaré lo que lleva naturalmente á la memoria el nombre de *obispo:* quiero decir dos palabras sobre el escándalo que causaba á Villanueva el ver que en Inglaterra algunos obispos tenian el título de *vicarios apostólicos.* En su Vida literaria, publicada en Lóndres, se queja amargamente de esta denominacion, manifestando sus temores de que con esto no resultasen cercenados los derechos de los obispos, y estendidas en demasía las facultades del Sumo Pontífice. Pero si no le cegara su rencor contra todo lo que de un modo ú otro concierne á Roma, bien pudiera haber comprendido ese escritor, que cabalmente en esa denominacion se ve la profunda prudencia de la Santa Sede, y que esto no habrá sido estéril para la conservacion de la fé y de la disciplina entre los católicos de aquel pais, así como para su progreso en adelante. Sabido es cuántos eran los peligros que amenazaban en Inglaterra hasta nuestros dias, á los restos de la fé católica que habian podido conservarse en Inglaterra. Ataques repetidos de parte de los protestantes, que dueños de todos los recursos, podian intentarlos con muchas ventajas, persecuciones de parte del gobierno, privacion de empleos y honores, imposibilidad de instruirse en su propio pais, á no ser que abjurasen la fé de sus padres, escasez de medios para sufragar á la subsistencia de sus ministros y necesidades del culto; en una palabra, todo se habia conjurado en Inglaterra para que acabase de desaparecer enteramente esa preciosa semilla que tan pingües frutos habia de producir con el tiempo, y de lo que afortunadamente somos nosotros testigos. En situacion tan apurada y peligrosa, ¿qué es lo que necesitaba la afligida Iglesia de Inglaterra? Claro es que lo que principalmente le convenia, era tener desplegado en toda su fuerza el principio vital que solo podia conservarla y defenderla contra los embates de tantos enemigos. Este principio era la *unidad en la fé;* y el mejor medio de conservar esta unidad, era mantenerse de un modo muy particular bajo la potestad del Pontífice romano. La Iglesia católica de Inglaterra, era una verdadera mision: no estaba en el órden regular de otras iglesias particulares de Europa; si pues en las misiones nadie estraña que se llamen á veces los obispos vicarios apostólicos, ¿por qué estrañarlo con respecto á Inglaterra?

No podia esperarse que se hiciese cargo de semejantes consideraciones el ánimo preocupado de Villanueva, ó mejor diremos, no era posible que él se resignase á sufrir una disposicion que tanto cho-